



Capítulo 476: Dale tu brazo para comer.

El campo quedó devastado.

Cada ataque de la criatura —esa “pequeña vaca” que ya no era dócil— abría cráteres en el suelo. Virgilio, implacable, esquivaba o interceptaba cada golpe con Yamato, a veces deteniéndose sólo con el mango, como si fuera un maestro jugando con un aprendiz.

El problema fue que esto “el aprendizaje” fue una matanza unilateral.

Avanzó con gritos roncos, una mezcla de frustración y pura furia. Ella no entendió sus palabras. Ni siquiera entendía por qué seguía viva después de cada derrota. Pero ella sabía, en el fondo, que necesitaba aplastarlo.

Y ella fracasó. Siempre.

Vergil, por el contrario, no mostró signos de fatiga. Cada vez que la derribaba, no era para terminar la pelea—era para comenzar de nuevo. La hizo levantarse, le quitó el aliento y luego la aplastó de nuevo, rompiéndole huesos, desgarrando carne... y luego ofreciéndole pedazos de carne demoníaca, restaurándola.

Fue un círculo vicioso: humillación, curación y más humillación.

A lo lejos, Zuri cruzó los brazos. “¿Es esto... es realmente un método de aprendizaje?” Ella preguntó, sin ocultar su incomodidad. “¿Está entrenando o simplemente divirtiéndose?”



Rize, que estaba sentado sobre un bloque de huesos, sonrió perezosamente.
"Aprendí de esta manera."

Zuri se giró para mirarla. "Eres una araña demoníaca. Tienes instintos de lucha. Y la inteligencia."

"Exactamente", intervino Titiana, que observaba la pelea con una mirada analítica, casi clínica. "Éste no lo es."

Zuri frunció el ceño. "¿Qué quieres decir?"

Titiana se giró para mirarla, sus ojos brillaban con el conocimiento de alguien que había vivido demasiado tiempo entre monstruos.



"Hay una marcada diferencia entre una Bestia Demoníaca Común y una Bestia Demoníaca Mayor."

Hizo una pausa, como si pesara el peso de sus palabras. "Los comunes... como esa vaca... existen para cazar, comer y sobrevivir. Son puro instinto. No tienen razonamiento estratégico, no planifican, no aprenden como nosotros. Simplemente repiten patrones hasta que mueren o evolucionan accidentalmente."

"¿Y los Superiores?" Zuri quería saberlo.

"Los Superiores," continuó Titiana, "son una historia diferente. Nacen o se vuelven capaces de pensar, elaborar estrategias, aprender y retener conocimientos. Son como cazadores que saben leer a sus presas antes de atacar. Rize nació así."



Zuri miró la pelea.

La vaca avanzó nuevamente, arrojando vapor negro. Vergil la derribó con una patada en la rótula, rompiendo su equilibrio, y en un solo movimiento, golpeó la espada de la empuñadura del Yamato contra su cuello, derribándola para siempre.

Luego le arrojó un trozo de carne de demonio. Se lo tragó como un animal hambriento, sin siquiera masticarlo.

"Entonces estás diciendo..." Zuri murmuró, "que no importa cuánto la golpee, ella nunca realmente 'aprenderá'?"

Titiana asintió lentamente. "No con el cerebro que tiene ahora."

En el campo, Vergil dio unos pasos atrás, dándole a la criatura un raro momento de respiro.

Miró al trío de observadores, como si ya supiera lo que estaban discutiendo.

"Me di cuenta," dijo, limpiando la sangre de Yamato. "Ella aprende... pero es un aprendizaje superficial. Ella copia el movimiento, pero no entiende la intención."

La vaca respiraba pesadamente detrás de él, con los ojos llenos de furia, pero sin entender la discusión.

"¿Y?" Zuri se burló. "¿Vas a renunciar a esta 'obra maestra' tuya?"



La mirada de Virgilio se estrechó. "No. Estoy pensando en cómo acelerar su evolución."

Fue Rize quien rompió el silencio. "Dame tu brazo."

Zuri parpadeó, incrédulo. "Ce?"

Rize sonrió, como si fuera obvio. "Córtale el brazo y dáselo de comer."

El silencio era intenso.

Titiana levantó una ceja. "¿Estás sugiriendo..."

"Exactamente," Rize interrumpió emocionado. "Esta criatura ya devora todo lo que le da. Si ella absorbe energía directamente de él, podría ser capaz de heredar no sólo fuerza, sino parte de su... cómo debería decir... conciencia."



Zuri dio un paso atrás. "Eso es una locura."

Rize se encogió de hombros. "Yo también lo pensé al principio. Pero cuando estás hecho de sangre y violencia, entiendes que a veces es el precio de crear algo... especial."

Vergil la miró de reojo, estudiando sus palabras. Sus ojos brillaban con ese mismo toque de locura que había ido creciendo en los últimos meses.

"Hm..."



La vaca, sin entender nada, seguía mirándolo fijamente, respirando pesadamente, su cuerpo marcado por cortes frescos que ya empezaban a sanar con la carne que le había dado antes.

"Si es verdad..." murmuró Virgilio, la mayor parte del tiempo para sí mismo, "entonces ella podría convertirse en algo... único."

Rize inclinó la cabeza. "Como yo."

Titiana resopló. "O simplemente podría aumentar un poco su volumen y permanecer tonta."

"Vale la pena correr el riesgo", dijo Vergil sin dudarlo.

Dio un paso adelante y miró fijamente a la criatura.

Sus ojos se encontraron.

Ella no sabía qué destino le estaba por suceder.

Pero él sintió... algo. Un peso diferente en el aire.

Vergil sujetó firmemente a Yamato.

La espada reflejaba la luz apagada del campo devastado.

Zuri suspiró, cruzando los brazos. "Realmente estás enfermo."



"Sí," respondió, casi sonriendo. "Y por eso funciona."

El viento traía el olor acre de la sangre y la tierra quemada.

Vergil respiró profundamente, como si se estuviera preparando para algún acto trivial, pero sus dedos ya estaban ajustando el ángulo del Yamato.

La vaca retrocedió medio paso, no por miedo —carecía de la inteligencia para eso— sino por un instinto primario de autoconservación. Aún así, permaneció allí, jadeando, mientras los músculos de Virgilio se tensaban.

Un corte limpio.

No hay grito, solo el sonido seco de la hoja perforando carne y hueso.



Su brazo derecho cayó al suelo con un fuerte impacto, salpicando sangre espesa y pulsante. Ese líquido no era un rojo común —tenía tonos profundos, casi azulados, y emanaba una energía que hacía vibrar el aire que lo rodeaba.

La reacción fue inmediata.

Los ojos de la vaca se abrieron, las fosas nasales se ensancharon y un rugido gutural escapó de su garganta. En un solo salto, rompió la extremidad cortada, aplastando los huesos y tragándola en pedazos, como un depredador que finalmente prueba la carne divina.

Rize observó con una sonrisa casi maternal. "Esto... será interesante."

Zuri, pálido, dio un paso atrás. "¡Se está suicidando para un experimento!"



"Incorrecto", corrigió Titiana, sin apartar la vista de la criatura. "Él está jugando."

El cuerpo de la vaca comenzó a temblar. Primero, espasmos leves. Luego, violentas convulsiones que lo pusieron de rodillas. Se formaron venas negras debajo de su piel, pulsando como si algo estuviera corriendo a través de ella con demasiada fuerza.

Virgilio, todavía sin el brazo, simplemente observó.

Su sangre seguía goteando al suelo, pero no parecía sentir dolor. Por el contrario—parecía estar analizando cada cambio, cada jadeo, cada contracción de los músculos de la bestia.

Un rugido resonó, más fuerte que antes. La carne de la vaca se estiró y se desgarró en algunos lugares, revelando haces musculares reforzados y un brillo extraño en sus ojos. Por primera vez, había algo diferente allí —no sólo ira, sino... concentración.

Levantó lentamente la cabeza y miró a Virgilio con una expresión casi humana.

"... ¿Entiendes algo?" Él murmuró.

La criatura no respondió, pero no avanzó de inmediato. Sus ojos vagaban por su cuerpo como si evaluara... como si considerara.

Rize se rió suavemente. "Ah, ella sí entiende."



Vergil dio un pequeño "hm" satisfecho y giró a Yamato en su mano izquierda.
"Entonces vamos a probarlo."

Avanzó y esta vez la vaca no corrió ciegamente hacia el ataque.

Se movía lateralmente, buscando un ángulo, y sus pezuñas se clavaban en el suelo con más precisión. No fue sólo instinto.

Fue un cálculo.

Zuri miró a Titiana. "Estoy cansado... de decir que es imposible."

"Es mucho peor que el maldito Lucifer", murmuró Titania nerviosa.

